

2 Agosto 1960

Reflector

UNA NUEVA ETAPA



YO estaba aún en el colegio, cuando asistí por primera vez a una representación del Teatro Experimental de la Universidad de Chile. No hube de hacer colas ante una boletería, ni me instalé en las cómodas localidades del Teatro Antonio Varas. Fue un domingo en la mañana al teatro Santa Lucía al que fui, porque alguien me había vendido —casi a la fuerza— una entrada. En el escenario, un grupo de gente joven, recién egresada del Instituto Pedagógico y alumnos de ese plantel, iniciaban, sin qu-

zás saberlo, la gran revolución del teatro en Chile.

Y, por cierto, entre esos entusiastas cultores del arte dramático, que con ingentes sacrificios daban a conocer su nueva concepción teatral, estaban María Maluenda y Roberto Parada.

Pasaron los años. Del teatro Santa Lucía o del Imperio, se trasladaron al Teatro Municipal; después vino el Antonio Varas. El Teatro Experimental tomó cuerpo y prestigio, transformándose en el Instituto del Teatro, y siempre, durante esos años de esfuerzo y de trabajo, María Maluenda y Roberto Parada estuvieron en la primera fila de la batalla. Al Teatro Experimental le interesaba el conjunto mismo, y no quería crear estrellas. A veces, veíamos a María Maluenda interpretar el papel protagónico de una pieza y a la vez siguiente su nombre aparecía entre los partiquinos. Otro tanto sucedía con Roberto Parada.

Pero, por más que haya reglamentos que lo prohíban, o criterios que lo estimen dañino, "las estrellas" son parte del teatro. Y el público supo reconocer el talento de María Maluenda y de Roberto Parada, cualquiera que fuera el papel que se les hubiere otorgado.

Si hubiesen vivido en otra época del desarrollo de nuestro movimiento escénico, el matrimonio Roberto Parada y María Maluenda habría encabezado compañías y sus nombres tenido la repercusión de tantas parejas en el mundo del teatro. Les correspondió vivir en la era de la renovación, de la experimentación, en que el director mantuvo la hegemonía sobre los actores y cumplieron la etapa con dignidad y talento.

Días atrás, al terminar la última función de "La Opera de Tres Centavos", Roberto Parada y María Maluenda se desvincularon oficialmente del Instituto del Teatro. En medio del reconocimiento de sus compañeros, de su aprecio y su apoyo, se han alejado de la institución que ayudaron a crear para tentar nuevos caminos. Es una etapa que termina y otra que comienza. Y, otra vez, como en los tiempos ya lejanos de las matinales del Teatro Santa Lucía, María Maluenda y Roberto Parada estarán ensayando renovadas modalidades para dar nueva vida a su arte.

Ellos nos han escrito para pedirnos que hagamos llegar —al término de esta etapa de su vida artística— el reconocimiento de ambos al público por el estímulo recibido a lo largo de tantos años.

Transmitimos el encargo, aun cuando lo consideramos superfluo. El público estimula y agradece a los artistas que han sabido prodigarse y que se han entregado con alma y corazón a él. Es el caso de María Maluenda y Roberto Parada. Y tomando la representación de este mismo público, es que nosotros, desde esta columna, deseamos que continúen los éxitos en esta nueva etapa de su vida artística.

María Maluenda y Roberto Parada se lo merecen sobradamente.